

LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS EN TIEMPOS ACIAGOS: ILUSIÓN DE UN PORVENIR

Escrito por Simone Brener, Alejandra del Ángel, Arely Hernández, Sandra Jiménez, Luz Hiram Laguna, Marionne Rubio, Paulina Torres, Daniela Verderi

Resumen

Si bien el Psicoanálisis surge bajo circunstancias históricas determinadas, Freud y Lacan lo sitúan más allá de las condiciones culturales de una época dada. Es así que en el presente trabajo se plantea la pertinencia de formular una posición ética que produzca un saber hacer singular, no supeditado a los tiempos aciagos actuales.

Dos son los actos de nuestro ensayo, actos que nos conciernen íntimamente, de modo que no fue posible trabajar uno renunciando al otro, propulsadas a dar lugar a todas nuestras inquietudes. La producción de este trabajo se posibilitó a través de la convergencia, punto de unión de cada una de nuestras trayectorias, que dio como resultado un esfuerzo conjunto donde la “diferencia fecunda estuvo presente en la multiplicidad”¹ de posturas no sólo teóricas sino también idiomáticas, lo cual nos invitó a pensar y a examinar nuestro trabajo desde diversos lugares, sin posturas hegemónicas; interpeladas por la ética del psicoanálisis y por lo aciago del malestar en la cultura que en muchas ocasiones suscita el borramiento de la dimensión del sujeto que busca dar sentido a lo real, bajo la promesa de la ilusión de completud y felicidad. De manera que nuestro ensayo mismo, refleja nuestras posiciones frente a la “Ética del psicoanálisis”.

¿Cómo enfrentar la condición aciaga que nos habita, sin sucumbir al imperativo de la moral que apunta al bienestar y la vida serena? ¿Es posible sostener un hacer singular, frente a un sistema que promueve formas homogéneas de ser y estar en el mundo? ¿Hay cabida para el psicoanálisis en una época donde se oferta el cáliz de la vida eterna, la piedra filosofal, la salud mental a través de nuevos tratamientos y técnicas innovadoras? ¿Cuál es

¹ Convergencia Lacaniana. Acta de Fundación MOVIMIENTO LACANIANO POR EL PSICOANÁLISIS FREUDIANO. El día 3 de Octubre de 1998, en Barcelona.

el papel del psicoanálisis en relación con su posición ética? ¿Por qué preguntarnos por la ética del psicoanálisis hoy? ¿Qué es importante revisar a la luz de un tiempo que calificamos aciago? ¿Acaso es posible pensar en un tiempo no aciago?

En lo aciago se incluyen la desgracia y el infortunio, se engloban el sufrimiento y la infelicidad. Es ahí, en lo que se presenta como aciago, donde encontramos el miedo constitutivo a la desnudez, a la vida y a ganar las cárceles de la serenidad, reiterada y reglada. Nada habla más a favor de lo aciago que la búsqueda de la felicidad: permanente inquietud humana en búsqueda de un camino único hacia estados de completud y plenitud permanentes. Esa ilusión ha hecho emerger posturas que van desde la antigüedad griega con el mito del andrógino, la piedra filosofal, la fuente de la eterna juventud o el cáliz de la vida eterna, hasta las demandas actuales que apuntan a un ideal de bienestar y salud mental.

La incertidumbre sobre cómo responder frente a lo aciago nos sitúa ante dos vías: la primera concierne a una temporalidad que podríamos abarcar de manera progresiva, lineal, que identifica un periodo histórico; la segunda, nos invita a plantearnos la posibilidad de hacer un corte transversal y examinar la condición “aciaga” en función de la subjetividad, en el sentido de que el sujeto se constituye en falta. Es justamente desde esta segunda perspectiva, la de la subjetividad, que el psicoanálisis tiene lugar.

Si partimos desde la primera perspectiva, podemos pensar que ya desde tiempos anteriores, el problema de la felicidad ha sido planteado por varios autores que intentan postular el camino para conseguirla. Aristóteles por su parte, afirma que “el fin supremo del hombre es la felicidad” circunstancia que implica la elección de un objetivo y la dirección de la conducta en búsqueda de ese objetivo. Por su lado Kant, propone un pensamiento deontológico, una línea que implica ya una definición de la acción correcta e incorrecta, lo que coloca el planteamiento sobre el mandato de un Amo que decide cuál es el bien y cuál es el mal.

Los efectos de esas elaboraciones se manifiestan en la relación del sujeto con los otros como semejantes, quienes hacen posible sostener esas ilusiones ayudándose de la construcción de consensos para establecer vínculos de orden que permitan una convivencia conveniente. Dichos consensos provienen de circunstancias que atañen a lo moral, ya que surgen como una necesidad de regular los comportamientos, de manera tal que se producen costumbres, normas, mitos, convenios, leyes y formas de orden necesarios. Esto implica una dimensión que atañe a la conciencia y la voluntad, pues se propone una explicación racional, científica y teórica de las reglas morales, anulando cualquier posibilidad de existencia de un registro inconsciente que se manifiesta cuando el individuo queda desprevenido para que aparezca algo de la verdad del sujeto.

Con base en la segunda vía propuesta en párrafos anteriores, es Freud quien en más allá del principio del placer propone, lo utópico que resultan los designios morales como medios para alcanzar la felicidad plena, que se traducen en ideales que solo puede ser comandados por la pulsión de muerte y que más adelante Lacan colocará del lado del goce.

Ciertamente el psicoanálisis emergió en un tiempo determinado, en respuesta a la primacía de la ciencia para determinar lo verdadero y lo materialmente real, vía por la cual avanzaron los desarrollos científicos y tecnológicos que caracterizaron al siglo XIX, así como las corrientes de pensamiento que intentaban dar cuenta de ello. Con el avance de la ciencia, el hombre se fue convirtiendo en objeto de estudio y su voz fue quedando subordinada al discurso científico que habla en su lugar. Esta situación fue advertida por Freud a partir de su trabajo con pacientes histéricas, pedido para el cual no encontró respuesta a través de las técnicas de la medicina. La mirada médica, los fármacos, las investigaciones científicas anulan la voz del sujeto; se busca su equilibrio a partir de regulaciones químicas, en herencias genéticas, en tendencias biológicas, mas no en su decir.

Adicional a esto, una de las premisas con las que está abanderada la época actual, es el “Happily ever after”, que nos invita constantemente a buscar los mecanismos para satisfacer de manera inmediata lo que se suponen deben ser nuestras necesidades, a través de un

sin límite de experiencias y del consumo constante de objetos tales como el fast fashion, redes sociales, cirugías e intervenciones estéticas, así como del uso de nuevas tecnologías como la inteligencia artificial, que en base a los algoritmos producen la ficción de la apropiación del ser y el borramiento de la subjetividad, todo en nombre de la satisfacción, del bienestar, la belleza y la felicidad como fines primordiales y superiores que nos acercan a lo ominoso. Estamos hablando de una época de la urgencia, en la que la configuración de la subjetividad está trastocada por la vorágine de lo inmediato y lo novedoso, en la que la diferencia queda velada en la escena. Es así como aparecen los semblantes de nuestros tiempos aciagos: maniqués que adornan su cuerpo con tatuajes, orificios y marcas. Todos ellos como murales en movimiento, que seducen con su imagen y atrapan miradas convirtiéndose en cuerpos ofrendados al Otro.

En este estado de cosas, el porvenir del psicoanálisis es el de un síntoma: es el porvenir del síntoma de nuestro tiempo, cargado de pandemias, migraciones, conflictos bélicos, violencias, etc. ¿Cómo y desde dónde podemos pensar los vínculos por - venir, frente a la inteligencia artificial, la inmediatez y el sentido de urgencia por taponear, componer y maquilar lo humano?

El psicoanálisis como práctica que se orienta en dar lugar a la palabra que revela la verdad inconsciente, nace en función de una ética que le es propia y que nada tiene que ver con las éticas de cualquier otra disciplina, ni de épocas anteriores o posteriores. La ética del psicoanálisis coloca al deseo en su núcleo en tanto causa, es decir, posibilitado por la falta; en este sentido, no responde a los anhelos de un tiempo dado sino a la estructura en que se constituye la subjetividad. Su pertinencia radica en formular una posición ética que produzca un saber hacer singular, implicando la necesidad de postular un lugar a aquello que otras disciplinas han tratado de obturar: la angustia, la ansiedad, el sufrimiento, el agujero; dimensiones que no son extirpables sino constitutivas de la subjetividad.

Esta posición ética no descansa en el dominio de la conciencia, sino que deja cabida a lo que Lacan propondría como “la Cosa”; es decir que la verdad con la que trabaja el

psicoanálisis no confiere a la astucia ni al pensamiento en el nivel del Yo. La dimensión que atraviesa la demanda analítica no es sin el equívoco, ni sin la relación del sujeto frente a la verdad de su deseo.

En su seminario séptimo, *La ética del psicoanálisis*, Lacan interroga la naturaleza del deseo. Cuando aquí decimos que la ética a la que nos referimos es la del deseo, se abre un problema fundamental que Lacan intentó formalizar a lo largo de los siguientes veinte años a ese seminario. Sus reflexiones sobre “das Ding”, en diferencia radical con “die sache”, introducen lo que pocos años más tarde llamaría *objeto a*, en tanto causa de deseo. “Das Ding” no es representable o simbolizable, pues se sitúa en la falta; a partir de esa relación con el agujero, Lacan formuló lo que está en juego en la sublimación:

“En la definición de la sublimación como satisfacción sin represión hay, implícito o explícito, paso del no-saber al saber, reconocimiento de lo siguiente: que el deseo no es más que la metonimia del discurso de la demanda. Es el cambio como tal. Insisto en ello, esa relación propiamente metonímica de un significante con el otro que llamamos el deseo, no es el nuevo objeto, ni el objeto anterior, es el cambio de objeto en sí mismo”.

(Lacan J. , 2015, pág. 360)

Esta falta constituye el núcleo del sujeto, en tanto constituido en falta; implica su condición deseante. Falta que no es reparable ni puede compensarse de ninguna manera. ¿Cómo, entonces, pensar una ética a partir de un vacío fundamental? Lacan nos orienta por la vía del deseo, posición que separa su clínica de otras clínicas psi, que apuntan a una falsa restitución de la relación con los objetos primarios. Aún el psicoanálisis no escapa de caer en las trampas de la ilusión de la permanente demanda de felicidad, así como del restablecimiento de las relaciones fundamentales modernas. Vemos, así, que la condición aciaga anuncia la tragedia de un porvenir de clínicas dirigidas en la vía de una ilusión de progreso o mejoría:

“Lo que articulé este año consistió en mostrarles [...] la distancia recorrida, digamos, después de Aristóteles -y hacerles sentir hasta qué punto tomamos las cosas en un nivel diferente, cuán lejos estamos de la formulación de una disciplina de la felicidad-”. (Lacan J. , 2015, pág. 359)

Lacan examina distintos planteamientos para articular la ética que se produce al introducir el deseo en su dimensión de falta. Esta mirada aguda evidencia el goce en que se sostienen las prácticas éticas más elevadas. Tenemos así que Kant, con su excelsa moral, no es fundamentalmente distinto de Sade. La degradada moral en Sade no es más perversa que vivir en función del cumplimiento de ideales morales, ambos comandados por mandatos superyoicos. Tanto Kant como Sade nos permiten dar cuenta de que el sujeto se coloca como el objeto que satisfaga la irreparable falta en el Otro. La falta nos conduce a un “más allá” de restaurar nuestra propia condición aciaga, sin dar cuenta de cómo es que esta se perpetúa mientras los ideales guíen nuestro actuar.

Antígona, en su condición trágica, permite una articulación de la ética del psicoanálisis. Frente a la elección de morir o de dar rituales fúnebres al cadáver de su hermano, ella opta por la dignidad, quedando así condenada a la muerte. La ética de Antígona implica una elección frente a los ideales del ser; opera en ella la falta de garantía que implica una postura radical ante su propia muerte.

“Antígona se presenta como *autónomos*, pura y simple relación del ser humano con aquello de lo que resulta ser milagrosamente el portador, a saber, el corte significativo, que le confiere el poder infranqueable de ser, frente a todo, lo que él es”. (Lacan J. , 2015, pág. 348)

Antígona encarna la condición aciaga de la subjetividad: “nada es de lo que no nació y todo lo que existe solo vive en la falla del ser”. ¿Cómo pensar que Antígona encarna el deseo de muerte? La ética del psicoanálisis se produce con la muerte del ser: “[...] por la virtud del significante y bajo su forma más radical. En el significante, y en la medida en que

el sujeto articula una cadena significativa, palpa que él puede faltar en la cadena de lo que él es". (Lacan J. , 2015, pág. 362)

La práctica psicoanalítica da lugar a la articulación de una ética en la que el sujeto se las tiene que ver con su propia falta y que evidencia que no hay garantía, que el Otro está castrado. Desde este lugar, la demanda de felicidad teñida de ciertos elementos culturales y temporales siempre va a encontrarse con la imposibilidad de su satisfacción. En la voracidad de consumo de nuestro tiempo, en el que las clínicas de "salud mental" prometen satisfacer una demanda, el psicoanálisis se coloca, en cambio, en la puesta en práctica de una ética singular: la ética del deseo.

Su posición ética le permite al psicoanálisis cuestionar las respuestas que otras vertientes anhelan postular frente a lo aciago de los tiempos y del sujeto mismo. La postura de la implicación proferida por el planteamiento científico, sobre los medicamentos que ofrecen dar una línea de intervención que ubica la causa del malestar total en lo orgánico, deja fuera la singularidad de la propia subjetividad. El abordaje sobre la voluntad y la conciencia en la concepción de un porvenir ilusorio ante la demanda actual de efectividad inmediata sobre el síntoma, responden a la utopía de obtención de la felicidad no como un instante efímero, sino como una completud alcanzable.

Frente a lo anterior, es oportuno cuestionarnos: ¿cuáles son las preguntas que es importante formularnos respecto del psicoanálisis, la práctica de quien lo ejerce, el individuo que lo demanda y los tiempos aciagos?

Si, como hemos advertido, ni el tiempo ni el espacio son factores que intervengan transformando a la disciplina, entonces se puede vislumbrar una diferencia entre lo que implica la disciplina misma y los efectos que produce, toda vez que la propia historia nos da evidencia de que las incomodidades que hoy afectan a los humanos, son las mismas en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia, lo que ha llevado a servirnos de los mitos para hacer soportable todo lo que se repite. Una mirada a la literatura,

por vía de Anton Chéjov en uno de sus cuentos a finales de los años mil ochocientos, nos lleva a considerarlo:

“pensaba que ese mismo viento había soplado en los tiempos de Riurik, de Iván el Terrible y de Pedro, y que en esos tiempos hubo la misma terrible pobreza, hambre, los mismos techos agujereados, ignorancia, tristeza, el mismo desierto alrededor, oscuridad, sensación de opresión – todos esos horrores fueron, eran y serían– y aunque pasaran mil años la vida no sería mejor...” (Chéjov, 2023)

Lacan, siempre abrevando de diversas disciplinas, realiza una propuesta subversiva que es posible advertir en el seminario 7, en el que denomina ética del psicoanálisis a algo diferente a lo que hasta entonces se había entendido como ética, en tanto sinónimo de moral, colocando al psicoanálisis en un lugar distinto, toda vez que los elementos que se conjugan en el despliegue de su trabajo tienen que ver con el sujeto y la verdad de su deseo. Como él mismo lo señala en el inicio del seminario:

“Bajo el término de ética del psicoanálisis se agrupa lo que nos permitirá, más que cualquier otro ámbito, poner a prueba las categorías a través de las cuales creo darles, en lo que les enseñó, el instrumento más adecuado para destacar qué aporta de nuevo la obra de Freud y la experiencia del psicoanálisis que de ella se desprende”. (Lacan J. , 2015, pág. 9)

A riesgo de ser reiterativos, pero para efectos de puntualidad, valga señalar que eso que engloba la moral de la que Lacan se aparta, tiene que ver con principios que rigen un comportamiento cuyos efectos pretenden dirigir y juzgar. Entonces, resulta comprensible el hecho de que Lacan se desmarcara de la instalación de una propuesta de principios rígidos, que tendrían que ser alojados en una institución cuyo objeto pretendería emitir juicios a partir de la elaboración de argumentos presentados de acuerdo con la historia de quien tuviera interés en hacerlo, a manera de tribunal.

Lejos estaríamos de colocarnos en la ley que rige lo subjetivo, que no se trata de la instauración de principios específicos y rígidos que establezcan un solo bueno y un solo malo, emitiendo un juicio sobre lo humano, que más bien tiene que enfrentarse a lo inconsciente, que rige la subjetividad y los mecanismos que lo determinan y que regulan su relación con el mundo, destinándolo a actuaciones fuera de su voluntad que ante una mirada institucionalizada, podría resultar amoral. Evidentemente, hablar de lo subjetivo es hablar de la verdad del sujeto, y la posibilidad de que ello ocurra nos coloca ante la producción singular de la realidad del sujeto mismo, que no puede ser sino fantasmática, al tiempo que es influenciada por la realidad material.

En tanto sus condiciones, pensemos que ambas realidades están regidas por leyes diferentes y, por lo tanto, éstas también lo son. Por un lado, la realidad psíquica está regulada por el principio de placer y el principio de realidad; Lacan la refiere fantasmática y el psicoanálisis plantea la vía de su hacer ahí a través de la singularidad y de la imposibilidad en el control de dicha realidad, ya que los elementos que la conforman están contenidos en una lógica simbólica. Por otro lado, la realidad material está regulada por una ley autoritaria que determina las reglas y mandatos que habrán de prohibirse y permitirse y su objeto está dirigido a lo social.

Evidentemente, la articulación de ambas leyes en la subjetividad humana produce efectos que solo pueden ser entendidos a partir de la comprensión de que existe una lógica diferente que regula a cada una. Sin embargo, ambas son importantes y conviven en la existencia humana y cumplen funciones que no pueden dejar de considerarse.

Es así que, cuando hablamos de la ética del psicoanálisis, necesariamente estamos calificando a la ley que rige la subjetividad y lo que la comanda, de manera tal que busque que el sujeto pueda ser responsable de actuar conforme a la verdad de su deseo, más allá de la implementación de códigos de actuación de quienes lo ejercen y de los tiempos en que lo ejercen, que estarían enmarcados en la moral que tiene efectos sobre la realidad material, lo que nos permite recordar la situación de malestar que esto provoca en los sujetos.

Pensar al psicoanálisis como una función ordenadora gobernada por una ética, nos llevaría a concluir, como señala Allouch (2010) citando a Freud, que su método sería una calamidad que evidencia la incompatibilidad entre ambas, ya que “no hay ética propiamente psicoanalítica” (Allouch, 2009, pág. 17), lo que refuerza el planteamiento que Lacan hace años después en Escritos 2, a propósito de que “[...] la moral [es] reconocida desde Kant como una práctica incondicional de la razón”, donde no tendría lugar lo inconsciente”. (Lacan J. , Escritos 2, 2009, pág. 744)

Abundando en lo anterior, si hablamos de una calificación sobre un actuar del analista en el ejercicio de su praxis, estaríamos analizando las causas relativas a dicho ejercicio; no estaríamos refiriéndonos ni al Psicoanálisis en tanto disciplina, ni a su objeto en tanto análisis del sujeto con relación a la verdad de su deseo. Como lo plantea Allouch, “No hay más que un error y consiste en que esta función de la causa, en el método analítico freudiano, solo puede ser referida al analista y no al análisis”, lo cual implicaría que la valoración de la determinación ética recaería en los elementos que se elijan valorar respecto del ejercicio del analista, es decir, lo que se decide informar. (Allouch, 2009, pág. 120)

Resulta importante hacer estas consideraciones, ya que, si el psicoanálisis se va a condenar a la valoración de su ética en tanto el ejercicio de los analistas, cabe preguntarnos: ¿entonces seguiría existiendo el psicoanálisis?, ¿su interés sería sobre la verdad del deseo del sujeto o se convertiría en un instrumento de forzaje dirigido al cumplimiento de normas dadas que, por serlo, anule la subjetividad?. A todo ello el psicoanálisis no pretende ofrecer una respuesta, sino más bien dar lugar a cuestionamientos que no se anclan en una época dada. La ética del psicoanálisis brinda un abordaje que permite situar “la cosa que nos habla, mejor dicho, que habla a nosotros” (Lacan J. , 2009, pág. 420)

La escucha psicoanalítica apunta a lo real de la subjetividad en su singularidad, a eso que no ha sido leído y que, por la vía de la sorpresa, surge en lo inédito del sujeto de manera subversiva. Esta subversión queda supeditada a la representación de la palabra,

que es tomada por los significantes que habitan al sujeto mismo. La sublimación en la pluralidad de sus manifestaciones artísticas queda desestimada por la condición aciaga del malestar en la cultura, que apunta a la clasificación y la producción en masa, aún del quehacer creativo.

La ética del psicoanálisis, así como todas las expresiones artísticas, apuntan a la verdad del deseo del sujeto. Será Lacan quien señale: “todo arte se caracteriza por cierto modo de organización alrededor de ese vacío” (Lacan J. , 2015, pág. 163)

SOBRE EL ARTE

y llegar por fin, como vosotros, a extraordinarios puertos!
¡Huir con vosotros de la civilización!
¡Perder con vosotros la noción de moral!
¡Sentir que cambia mi humanidad en la lejanía!
¡Beber con vosotros en los mares del sur
nuevas mezclas salvajes, nuevos trastornos del alma,
nuevos fuegos centrales en mi volcánico espíritu!
¡Ir con vosotros y desnudarme –¡ah! ¡fuera!–
mi vestido tan civilizado, mi blandura de acciones,
mi miedo innato a las cárceles
y mi serena vida,
asentada y estática, reiterada y reglada!

Álvaro de Campos, *Oda marítima*. (De Campos, 2014)

El texto de Pessoa es la puesta en letras del deseo que habita en el sujeto por huir de la serena vida civilizada, estática y reglada. Ansia de desnudarse y beber las nuevas mezclas salvajes, quemarse con los fuegos del espíritu y dejarse habitar por el deseo. Los

heterónimos de Pessoa revelan la división del sujeto: que no hay uno sin Otro y que la vecindad entre ellos es lo que despliega el ser del lenguaje en el exilio de la patria civilizada. A través de su escritura, Pessoa, Caeiro, Campos, Reis o Soares enfrentan la desgracia, el infortunio y el sufrimiento que implican la condición humana. De este modo, en el hacer literario de Pessoa, él se hace de múltiples formas sin someterse a un solo camino de completud soberana.

Bajo este tenor, Álvaro Campos evidencia el quehacer del artista, alejándose del objeto (sustantivo) para preocuparse por el sujeto (el que sufre), dando paso a un subjetivismo cercano a la conciencia de lo absurdo; es decir, que no es el objeto aquello que produce el sufrimiento, sino que propone una apreciación subjetiva que, en tanto se nombra, se desvirtúa. Ya no importa lo que hay alrededor de la voz lírica: un rostro que mira, un cuerpo que nombra, un árbol que toque. Lo que importa es quién mira, qué nombra, qué toca, y el efecto que causa en ese que mira, nombra y toca, para caer en el sinsentido.

Así como el arte, el psicoanálisis abre la puerta para dar lugar a aquello que queda fuera de la búsqueda del hombre por su bien; es a partir de aquello inefable, que el psicoanálisis es convocado: el sinsentido, la tontería, el equívoco, lo éxtimo, el agujero. Tal como Lacan afirmara:

“Porque la intención más inocente se desconcierta una vez que ya no puede ocultar que sus actos fallidos son los más logrados y que sus fracasos cumplen sus deseos más secretos. [...] Vagabundeo en lo que consideran lo menos verdadero por esencia: en los sueños, en el modo en el que las agudezas más gongorinas y el nonsense [sinsentido] más grotesco de los retruécanos desafían el sentido, y en el azar –no en su ley, sino en su contingencia–” (Lacan J. , 2009, pág. 379)

Tanto el psicoanálisis como el arte son subversivos, revolucionarios. Ambos aparecen como manifestaciones discursivas que reflejan la sociedad del momento, advirtiéndonos

sobre sus peligros y sus malestares. Ya lo diría Lacan: “el artista nos lleva siempre la delantera”. (Lacan J. , Intervenciones y Textos 2, 2001)

En su posicionamiento subjetivo, quien hace arte posibilita la creación de ciertas significaciones que cercan la Cosa. Tal como lo indica Harari:

“ El artista es quien transforma un fantasma en un bien de reconocimiento colectivo. Podría decirse que es alguien que transforma lo privado en público, pero entendiendo lo privado en el sentido de una falta, de una ausencia. Lo privado del artista se asemeja a lo privado para el común de la gente: la sociedad no puede dejar de reconocer que pone a su alcance esta circunstancia, que se atreva a manifestar lo que los otros no se animan a expresar” (Harari, pág. 155)

Tanto el artista podrá ser autor, como el analizante un héroe de la tragedia de su vida, convirtiéndola en un drama, por la vía del deseo. Aquí no hay finales felices, sino producciones que posibilitan la vía del deseo y su verdad. Así como el lapsus, la obra de arte se sitúa en un lugar que da cuenta de algo que excede lo que se intenta decir. En palabras de Harari: “lo que importa al psicoanálisis no es la denuncia de lo que hay allí de erróneo, sino la escucha de una verdad que se dice de distintos modos” (Harari, pág. 137)

Al hablar del arte y el psicoanálisis, es pertinente considerar la sublimación y su relación indudable con el malestar en la cultura, que da lugar a la manifestación de la subjetividad a través del arte.

“El tercer desenlace de una disposición constitucional anormal es posibilitado por el proceso de la sublimación. En ella, a las excitaciones hipertensas que vienen de las diversas fuentes de la sexualidad se les procura un drenaje y empleo en otros campos [...] Aquí ha de discernirse una de las fuentes de actividad artística [...]”. (Freud, 1905, pág. 218)

En un primer momento, Freud muestra la relación entre sublimación y creación artística para, posteriormente, continuar su desarrollo en correspondencia de sus implicaciones sociales. Ya desde 1908, en *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*, Freud comienza a esbozar la relación que existe entre la vida pulsional y la cultura, incluso James Strachey calificaría dicho texto como "el primer examen cabal que hizo Freud del antagonismo entre la cultura y la vida pulsional"; y ahí la sublimación, ese punto de encuentro como bien vemos en el poema de Pessoa, el deseo del sujeto que se encuentra - que topa, que golpea- con las exigencias de la civilización, será imposible de materializar, pero no del todo, habrá una salida posible para enterarnos de ello virando aquellas exigencias: el arte, en este caso la escritura, como producto de la sublimación.

Freud plantea que un buen número de nuestros logros culturales se deben a la sublimación, y a propósito de ello dice: "nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de pulsiones. Cada individuo ha cedido un fragmento de su patrimonio, de la plenitud de sus poderes, de las inclinaciones agresivas y vindicativas de su personalidad. De estos aportes ha nacido el patrimonio cultural común de bienes materiales e ideales". (Freud, 1908)

Será el arte, desde su estatus de patrimonio cultural y a través del artista en tanto creación, que permitirá dar cuenta de las sofocaciones que surgen del encuentro antagónico de dos realidades de las que la cultura es, a su vez, causa y efecto. La apuesta del psicoanálisis será un dar cuenta de manera distinta que logra sortear la represión y el síntoma dando lugar a revelaciones de la vida anímica de las que no se sabía que se sabía algo.

A propósito de la creación, Lacan relaciona la función de la sublimación con el arte proponiendo que "un objeto puede cumplir esa función que le permite no evitar la cosa como significante, sino representarla, en tanto que ese objeto es creado" [...] "La sublimación tiene la posibilidad de hacer algo con el vacío y en ello consiste la proeza del arte". (Lacan J. , 2015). Es esta operación, como lo indica Lacan, que eleva un objeto a la dignidad de la

Cosa, un acto valeroso al que pocos se animan a acceder de rodear el vacío y ponerlo en juego en tanto que remite y da cuenta de sí mismo para hacer algo con ello.

La ética del psicoanálisis no es la ilusión de una certeza, sino de un devenir que enlace los sueños, con síntomas que apuesten por la vida, que pongan un alto a la insistencia de la pulsión de muerte en estos tiempos aciagos. Así la palabra clama por tomar la palabra, siendo la pulsión invocante aquella que toma el espacio habitado por el sujeto.

El espíritu en el que se funda el psicoanálisis sigue vigente, sea cual sea el tiempo y es justamente esa posición la que lo diferencia de las otras disciplinas.

A manera de conclusión es oportuno citar lo que plantea Miller: “[...] las cuestiones técnicas son siempre cuestiones éticas, y esto por una razón muy precisa: porque nos dirigimos al sujeto. La categoría de sujeto no es una categoría técnica. La categoría de sujeto, como tal, no puede ser colocada sino en la dimensión ética”. (Miller, 2006, pág. 4)

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J. (2001). *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires: Manantial.

Lacan, J. (2009). *Escritos 1, La cosa Freudiana o sentido del Retorno a Freud en psicoanálisis*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (2009). *Escritos 2*. México: Siglo XXI.

Lacan, J. (2015). *El seminario de Jacques Lacan: libro 7: la ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Chéjov, A. (01 de 04 de 2023). *Literatura.us*. Obtenido de Literatura.us:

https://www.literatura.us/idiomas/ac/ac_diante.html

Allouch, J. (2009). *La etificación del Psicoanálisis. Calamidad*. México : Me cayó el veinte .

De Campos, Á. (2014). *Pessoa, Fernando - Poesía III. Los poemas de Álvaro de Campos*. Abada Editores.

Freud, S. (1905). *Obras Completas de Sigmund Freud. Volumen VII.- Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1908). *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen IX. La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna.* Buenos Aires & Madrid: Amorrortu.

Harari, R. (s.f.). *Ética.*

Miller, J.-A. (2006). *Introducción al método psicoanalítico.* Buenos Aires: Paidós .